



PRÓLOGO

Arcetri, Florencia, julio de 1640

Por las silenciosas calles de Arcetri avanzaba una sombra cautelosa, con miedo de que sus pisadas fueran oídas por algún habitante. La noche era tranquila, algo calurosa, pero de vez en cuando una suave ráfaga de viento permitía aligerar la carga de las altas temperaturas.

Ludovic Tessier notaba que el sudor de su espalda le pegaba la camisa al cuerpo como si fuera una segunda piel. No era el calor lo único que le ahogaba. Sentía el peso de la responsabilidad de su cometido sobre sus hombros, lo que aumentaba aún más esa sensación de opresión en el pecho.

Unas semanas antes, su superior le llamó para notificarle que debía ir a visitar urgentemente al maestro en su casa.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó asustado Ludovic.

Una mirada penetrante hizo que Ludovic se estremeciera.

—Ludovic, sabes que las preguntas no deben plantearse ahora. Tan solo debes cumplir lo que se te ordena.

—Está bien. Le recuerdo que en noviembre me envían a Cataluña —dijo tímidamente.

—Sí, lo tengo presente. Ya hablaremos de eso más tarde.

Un mes antes, en Barcelona se había iniciado la revuelta de los segadores, causada por un incidente ocurrido en la calle *Ample* entre un grupo de segadores y algunos soldados castellanos.

El germen del conflicto tenía su origen en la cantidad de sol-

dados castellanos que se establecieron en Cataluña para un posible ataque contra Francia en 1639. Los campesinos estaban obligados a alojarlos gratuitamente y a darles, también sin cobrar, sal, vinagre, fuego, mesa y servicio. Los tercios estaban formados por aventureros de diferentes países, de esa forma se mezclaban castellanos, napolitanos, irlandeses, valones, alemanes, etc. Se caracterizaban por ser indisciplinados y pendencieros, por tanto, los conflictos con los campesinos que los alojaban se acentuaban a medida que pasaba el tiempo de ocupación.

El siete de junio, la disputa entre un segador y un alguacil desencadenó un motín. Los funcionarios reales fueron perseguidos y sus casas saqueadas. El virrey, conde de Santa Coloma, fue asesinado por los amotinados cuando intentaba huir.

La sublevación tomó por sorpresa al conde-duque de Olivares, ya que la mayoría de sus ejércitos estaban localizados en otros frentes y no podían acudir a Cataluña. Aunque en principio no quiso intervenir, la situación fue empeorando y el odio a los tercios y a los funcionarios se generalizó contra todos los hacendados y nobles situados cerca de la administración. Los rebeldes se apoderaron del puerto de Tortosa.

Ni siquiera la proclamación de la República Catalana por parte de Pau Claris, al frente de la *Generalitat* de Cataluña, enfrió la sublevación que pasó a ser una revuelta de empobrecidos campesinos contra la nobleza y los ricos de las ciudades.

Ante tal situación de caos y descontrol, los gobernantes catalanes, al no poder frenar la revuelta, se aliaron con el enemigo de Felipe V, Luis XIII. Olivares decidió preparar un ejército para recuperar Cataluña.

La Diputación catalana solicitó ayuda a Francia y esta aceptó enviar un contingente de soldados para el mes de noviembre.

Ludovic había recibido la notificación de su viaje hacia ape-

nas un par de semanas y aunque ya había estado varias veces en Barcelona, no le gustaba luchar por un pedazo de tierra que no era suyo.

Por eso le había pedido a su mentor que intentara mediar para evitar su partida hacia la guerra.

Al oír las palabras del profesor, Ludovic se calmó. Confiaba en él.

El siguiente tema a resolver era el del maestro.

–Pero, ¿qué le ha ocurrido? –volvió a preguntar.

Su profesor lo miró con cierto malestar. Había ciertas normas que debían ser respetadas y una de ellas era no cuestionarse las órdenes impartidas.

–Ludovic, ya te lo he dicho. No me preguntes nada.

–Lo siento –Ludovic bajó la mirada.

–Debes ir a verlo y hablar con él. Es importante que luego nos transmitas sus avances. Por el bien de la ciencia, hay ciertas cosas que no deben ser de dominio público y que debemos custodiar con sumo cuidado.

Ludovic no entendía a qué se refería su profesor, sin embargo intuía que algo importante se estaba moviendo en las sombras, así que emprendió el viaje hacia Florencia con la inquietud por su encuentro con el maestro y también su preocupación por su más que seguro alistamiento en el ejército para viajar hacia Cataluña en el caso de que su profesor no consiguiera mover los hilos adecuados o él fracasara en su misión.



El silencio de la noche inquietaba a Ludovic, pues sabía que su misión era seguida de cerca por sus adversarios. Consciente del peligro que corría, siempre llevaba bajo su camisa blanca un puñal de doble filo. Al fin, llegó a una casa blanca, con unas pequeñas ventanas cuadradas con marcos de piedra y un gran portón de madera. Aguardó unos minutos por si le habían seguido, pero, salvo algunos grillos, no oyó ningún sonido.

Llamó a la puerta y un criado le abrió.

–Buenas noches, le estábamos esperando.

–Buenas noches –dijo en voz baja Ludovic.

–¿Ha tenido un buen viaje? –el criado abrió la puerta y le dejó entrar.

–Sí. Ningún problema.

–El maestro está en el patio.

El patio de la casa tenía forma cuadrada, lleno de bellas flores, muchas de ellas enredaderas que subían por las blancas paredes. Tenía un pórtico con dos columnas de tipo toscano, encima del cual había un piso cubierto por una celosía de madera, soportada por cuatro columnas. Cerca de la puerta de madera había un pozo de agua. A su lado, sentado en una silla, estaba el maestro.

Ludovic se acercó cautelosamente, temeroso de romper algún momento de concentración del maestro cuya mente no dejaba de trabajar, a pesar de que su salud era cada vez más delicada. Lo que aún no llegaba a entender era que el maestro tuviera tanta confianza en él. Ludovic no era nadie comparado con las amistades que pudiera tener el maestro. ¿Por qué le escogía a él cuando, seguramente, disponía de personas de mucha más confianza para hacer entrega de un mensaje tan importante? Su padre era recaudador de impuestos en Rouan, capital de la Alta Normandía. Su madre murió cuando él tenía apenas cuatro años. Su padre insistía en que siguiera el mismo oficio que él, pero,

aunque a Ludovic también le gustaban los números, descubrió que lo que más le gustaba eran la física, la química y otras ciencias. Así, gracias al sueldo de su padre, pudo ir a la Universidad de Lille. Es aquí donde conoció a su profesor, Renné Dubois, experto en astronomía y física. Renné estaba entusiasmado con la pasión que mostraba Ludovic por esas asignaturas, así que le fue introduciendo en debates que tenían lugar al finalizar las clases en la universidad y más adelante, en pequeños comités clandestinos donde se exponían todo tipo de teorías.

Un día lluvioso, sentados en una taberna de Lille, el profesor Dubois le reveló la existencia de la Academia Nacional de los Linceos.

—Cuando Federico Cesi la fundó, su objetivo era comprender todas las ciencias naturales, algo muy diferente a todas las academias italianas que existían en esa época, que eran literarias y anticuarias.

Dubois se rascaba incisivamente su barba poblada. Tenía unas pequeñas gafas redondas y una nariz bien rechoncha. El profesor miraba a un lado y a otro de la taberna, como si esperase la presencia de alguien.

—El problema es que la natura no es solamente conocimientos... —El profesor hizo una pausa para arrimarse a la mesa y proseguir en un leve susurro— También hay misterios y secretos por desvelar.

Ludovic vio entonces un brillo en los ojos del profesor que nunca antes había observado. Notó un cierto estremecimiento al oír aquella frase.

—El nombre de Linceos fue puesto en honor a la aguda visión de dicho felino y por tanto, simboliza la destreza en la observación, algo imprescindible en la ciencia. Tienes que saber que dentro de la academia surgió un pequeño grupo para proteger

ciertos conocimientos “especiales”, este grupo se hizo llamar Los Protectores de los Linceos.

Renné Dubois hizo una nueva pausa y miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie estaba pendiente de su conversación. El profesor se acercó tanto a Ludovic, que este incluso podía oler su aliento de cerveza.

–Ludovic, yo pertenezco a este grupo que ha ido creciendo durante los años. En 1611 el maestro entró a formar parte de la Academia y nosotros hemos actuado en la sombra, siguiendo sus avances y sus descubrimientos. Pero tenemos un problema y es que la mayoría ya somos muy viejos. Necesitamos savia nueva, gente joven. De vez en cuando, escogemos a algunos novicios para iniciarlos en el grupo. Ludovic, he estado pensando que serías un buen candidato para entrar en el grupo.

–Pero... pero... ¿Está seguro?

Ludovic no podía creer lo que oía. De repente, todos los sonidos de la taberna desaparecieron. Alguien tan humilde y tan insignificante como él había sido elegido para entrar en un grupo selecto que custodiaba los conocimientos científicos.

Renné sonrió al ver el nerviosismo de Ludovic.

–Lo estoy. Sé que eres la persona adecuada para formar parte de nuestro grupo: joven, apasionado por la ciencia, humilde, honesto y conozco bien la relación que mantienes con tus compañeros. Eres poco dado a hablar de tus intimidades.

Ludovic se vio forzado a desviar la mirada y no pudo evitar ruborizarse por todos esos halagos que estaba recibiendo de su profesor.

Aquella noche fue muy larga para Ludovic. El profesor le explicó todo lo referente al grupo, a la academia, a los principios por los cuales se regían y, sobre todo, le insistió mucho en el secretismo y el anonimato de los Protectores.

—Ludovic, nosotros no existimos ni para la academia ni para el resto del mundo. El motivo es doble: primero, para facilitar nuestra tarea y segundo, porque luchamos contra fuerzas opuestas que buscan apoderarse de esos conocimientos que protegemos. Recuerda, tenemos enemigos y son peligrosos.

En aquel momento Ludovic no le dio importancia a esta última aclaración, pues su mente estaba borracha de euforia.



Al principio, el profesor Dubois le dio trabajos monótonos y pesados. Catalogar documentos, colocar los libros en los estantes de la biblioteca según su temática, restaurar portadas y encuadernaciones que se habían dañado con el paso del tiempo, etc.

Sin embargo, pasados unos ocho meses, el profesor le llevó a una reunión de los Protectores de los Linceos celebrada en París. Nadie prestaba mucho interés al grupo, pues su nombre parecía indicar que se dedicaban algún tipo de tareas relacionadas con la protección de esos felinos salvajes.

Hasta que tuvo lugar aquel encuentro. Era la tercera reunión a la que asistía en calidad de novicio y tras moverse por varios círculos de debate, decidió quedarse en una en la que había una gran concentración de gente. No alcanzaba a oír lo que se hablaba, así que empezó a abrirse paso discretamente, hasta colocarse en primera fila. En medio del círculo, había un hombre alto, de

unos cuarenta y pocos años, con el pelo corto, bien vestido. Y enfrente, estaba aquel hombre enjuto, con barba canosa que le tapaba todo el cuello, de frente totalmente despejada, mirada cansada, nariz prominente. Tenía un aire tranquilo, bonachón. Ludovic retuvo la respiración para no molestar al maestro Galileo Galilei. Estudiaba cada gesto que hacía, sin prestar atención a la discusión. Fue por ello que la acción de Galileo le cogió desprevenido. El maestro se había girado y le señalaba a él con el dedo. Había hecho una pregunta, pero no sabía cuál era. Empezó a sudar como jamás había sudado.

—Muchacho, ¿es que ha perdido la lengua en algún punto de la vía láctea? —todos los presentes rieron de forma sonora— Le preguntaba qué piensa sobre el movimiento pendular. ¿Podemos aplicarlo a inventos mecánicos?

Ludovic, incapaz de elaborar una respuesta seria y científica, dijo lo primero que se le ocurrió.

—Señor, creo que el péndulo es algo mareante.

Las carcajadas no tardaron en hacerse oír, aunque el que más reía era el propio Galileo. Ludovic bajó la mirada al suelo, maldiciéndose por haber sido tan torpe.

—Me encanta. Esto es la ciencia: sentir en propias carnes aquello que la natura nos da.

Aun sin saber cómo, a partir de ese momento, nació en Galileo Galilei un sentimiento de protección y cordialidad hacia ese joven transparente y sincero. Harto de persecuciones e intrigas, ese comentario sin malicia le había cautivado.

Fue entonces cuando Ludovic se convirtió en el mensajero preferido de Galileo. Mensajero y confidente, pues también le hacía partícipe de sus reflexiones más íntimas.



Ahora lo miraba con amor y ternura. Esa mente privilegiada que tenía que soportar que la naturaleza le privara de una de sus armas más preciadas: la visión. Porque Galileo era, ante todo, un observador de la vida.

–¿Ludovic? ¿Eres tú? –Su voz ya no tenía la misma fuerza. Estaba agotada por la lucha.

–Sí, maestro, soy yo.

–Ven. Siéntate junto a mí.

Ludovic cogió una silla y la colocó junto a Galileo. De forma espontánea, le cogió la mano. Galileo sonrió.

–¿Cómo ha ido el viaje?

–Bien, maestro, bien.

–¿Y tus estudios?

–Muy bien. Estoy teniendo muy buenos resultados en todas las materias.

Galileo pareció relajarse.

–Ludovic, el conocimiento es muy importante. No solo para encontrar trabajo, si no para ser un hombre libre. Recuérdalo.

Ludovic asintió con la cabeza, pero al instante, recordó que el maestro no podía ver y pronunció un “sí” enérgico.

De repente, el tono de voz de Galileo cambió. Su semblante pareció oscurecerse.

–Ludovic, son tiempos difíciles. Supongo que para ti más. Francia apoyará a Cataluña y batallará contra los castellanos. Destruir, el ser humano sólo destruye.

Ludovic mantuvo la mirada en las manos arrugadas del ma-

estro. No quería entrar en batalla. No quería morir todavía. Tenía tantas cosas por aprender.

Sus ojos fijaron su atención en el cielo oscuro, aquel cielo que tanto había observado y desnudado. Sin embargo, Galileo ya no podía ver nada.

–Dubois te habrá enviado urgentemente aquí para recoger el resultado de mis investigaciones –Galileo mostraba ahora una expresión tensa–. Hay algo que él no debe saber.

En el patio tan solo se oía el sonido de los grillos. Ludovic no entendía qué quería decir el maestro.

–¿Algo que él no debe saber? No le comprendo, maestro.

–Es algo que he descubierto, pero que debe permanecer lejos del alcance de la mayoría y eso incluye a Dubois.

–Pero él es un Protector.

–Ay, Ludovic, cierta gente solo se protege a sí misma. No te fíes de nadie.

Aquellas palabras de Galileo dejaron aturdido a Ludovic, que veía derrumbarse la enorme admiración que sentía por su profesor. Le debía mucho. Gracias a él, ahora estaba sentado con el gran Galileo. Decidió no ceder.

–Maestro, el profesor Dubois se ha entregado al máximo para proteger todas aquellas ideas que pueden revolucionar la ciencia.

Galileo movió la cabeza negativamente de un lado a otro.

–Mi querido Ludovic, Dubois no es más que otra hiena esperando agarrar su presa. Son todos carroñeros. Los Protectores de los Linceos saben que la ciencia puede ser el camino hacia su gran objetivo: dominar el mundo. Eso es lo único que les importa. Y harían cualquier cosa por ello. No, deja que termine. ¿Recuerdas la pregunta que te formulé en aquella convención?

–Claro, cómo no acordarme –Ludovic sonrió ante aquel encuentro casual. Lo recordaba como si fuera ayer mismo.

–Ya hace mucho tiempo que el movimiento pendular me fascina. Fue en el año 1583, cuando visité la catedral de Pisa y vi aquella lámpara de aceite ir y venir de forma oscilante. Mi mente no ha dejado nunca de pensar en el péndulo y eso es algo que sabían los Protectores. Intuían que me acercaba a algo importante y por eso me han estado vigilando y espiando.

–¡Maestro! ¡Eso no puede ser!

–Tranquilo, no te exaltes. No malgastes tu energía en enfados.

–Mis disculpas, maestro.

–No pasa nada. Como te decía, me han estado vigilando. Sabrás que los enemigos de los Protectores son los Masones.

–Sí, de ellos debemos defendernos.

–¿Solamente de ellos? Te equivocas. ¿Sabes cuál es la diferencia entre los Protectores y los Masones? Que al menos, los masones no esconden que desean el poder y no hay nada peor que aquel que finge. Ah, me encanta el olor de las flores en verano.

Ludovic sentía en su interior una guerra personal: ¿debía creer al maestro y desconfiar de aquellos que le habían abierto las puertas al maravilloso mundo de las ciencias? Ludovic se levantó y se apoyó en el borde del pozo, mirando en su interior.

–Te duele oír esto, ¿verdad?

El silencio de Ludovic se prolongó durante un tiempo. Sentía tanta rabia que tenía ganas de coger por el cuello a aquel viejo y zarandearlo para que retirara esas palabras indignas sobre el profesor Dubois.

–Ludovic, no te pido que creas lo que te digo. Para eso es necesario la propia experiencia, algo fundamental en la ciencia. Tan solo te pido que vigiles y no te fíes de nadie. Ven, ayúdame. Iremos dentro.

Fueron despacio, Galileo cogido del brazo de Ludovic. En-

traron en la sala principal, donde el maestro tenía todos los artilugios que había ideado a lo largo de tantos años. Se sentaron en unas sillas de madera. Alrededor suyo, varias velas iluminaban la estancia.

–El destino hizo que nos conociéramos y me alegro. Eres puro de espíritu y te mueve el conocimiento de la ciencia y no el poder. Todo este tiempo desde que te conozco me ha permitido llegar a la conclusión de que eres la persona adecuada para ayudarme.

Ludovic tragó saliva ante tal cumplido. Galileo le estaba pidiendo su ayuda. A él, el hijo de un simple recaudador de impuestos.

–Maestro, creo que los Protectores son mejores que...

–No, Ludovic. No puedo fiarme de ellos. Debo pedirte que actúes por libre. Me quedan pocos años de vida y debo confiar a alguien un secreto que debe ser bien guardado.

–Maestro no diga eso.

–Es la fuerza de la naturaleza, la muerte debe venir. Pero no te entristezcas, seguro que otros vendrán para descubrir nuevos misterios científicos. Debes contestarme una pregunta. ¿Protegerás mi secreto a pesar de la afinidad que tengas con las personas que te pidan desvelarlo?

El calor de julio era fuerte. El ambiente era húmedo, sin apenas un soplo de aire. Ludovic se quedó mirando fijamente un telescopio que tantas veces había sido utilizado por Galileo. Ahora, pensaba con desánimo, ya no podría posar sus ojos de lince en él para descifrar los secretos de la bóveda celeste. Pensó en todas las luchas que había llevado a cabo el maestro por defender la verdad y el conocimiento y pensó que no podía defraudarle.

–Puede confiar en mí.

–Me has de asegurar que no cederás ante nada ni nadie y que incluso protegerás con tu vida lo que te desvelaré.

–Lo haré –contestó de forma tajante, aunque no alcanzaba a comprender el alcance de esa respuesta.

Galileo inspiró profundamente, como si quisiera oler el aire de la sinceridad y el compromiso que emanaba de aquel joven sentado frente a él. Sin decir nada, se levantó y abrió un armario para extraer un pequeño baúl. Se acercó a Ludovic y le entregó el baúl.

–Toma y ábrelo. Quiero que coloques todo el contenido en la mesa. Traeré un poco de vino... la noche será larga.

Ludovic abrió con manos temblorosas el baúl y empezó a depositar encima de la mesa papeles con anotaciones, dibujos y varios engranajes y piezas de máquinas. Una de esas piezas llamó la atención de Ludovic. Se trataba de una brújula pequeña. Sabía que el maestro había abierto un taller hacía muchos años en el que creaba termómetros, telescopios y brújulas magnéticas. ¿Cuál sería la importancia de esa brújula? Galileo volvió con una jarra llena de vino y dos vasos.

–Bien. Empecemos. Lo que vas oír ahora tendrá grandes repercusiones.



Ronda, 1 de noviembre, en la actualidad

El sol de las cuatro de la tarde daba en la cara oeste del puente, lo que permitía aumentar algunos grados la temperatura del cuerpo frente al intenso frío de ese primer día de noviembre. Santiago se ajustó más el abrigo ante una fuerte ráfaga de viento. Miró la garganta que se abría ante él, con respeto y adoración. Se acercó un poco más. Miró hacia los cien metros de profundidad que se abrían bajo sus pies. Aquel paisaje siempre le había provocado un estremecimiento en el cuerpo. Tres adolescentes pasaron junto a él, con una música estridente sonando en el teléfono móvil a un volumen bastante molesto.

–Abuelo, cuidado, no se caiga.

Los otros dos rieron, haciendo chocar las palmas de sus manos, felicitándose por su gran ocurrencia.

Santiago los miró con tristeza. Si aquel comentario era el máximo esfuerzo intelectual que podía realizar la nueva generación, el futuro era muy negro. Admiró la gran obra del Puente Nuevo, construido en el siglo XVIII para unir la zona histórica y la moderna de Ronda, salvando el Tajo. Pensó aliviado que la generación que construyó el puente tenía otras inquietudes más profundas.

El puente estaba hecho de piedra. En la parte superior del arco central se encontraban unas dependencias, ahora museo del puente, que antiguamente habían servido de prisión. Santiago se

imaginaba preso allí, mirando el vacío y estudiando la manera de escaparse, ante la inmensidad de aquel precipicio.

El puente era un desafío a la naturaleza. El ser humano le decía: “no pienses que vas a poder separarnos”.

Cada tarde, Santiago se acercaba al puente y contemplaba aquella imagen que tanto le fascinaba de su Ronda de toda la vida.

Emprendió el camino de regreso, ya que notaba el frío posarse en sus huesos y, a sus setenta y un años, aquello no era aconsejable.

Poco a poco, desanduvo el camino por la calle Virgen de la Paz. Pasó por delante de la histórica Plaza de Toros arrastrando los pies y se detuvo ante la Alameda del Tajo, como siempre hacía. Era su recorrido habitual antes de volver al asilo, ubicado un poco más arriba, en la calle Jerez, junto al majestuoso Hotel Reina Victoria. Había trabajado justamente en aquel hotel como *maitre*, sirviendo, en primer lugar, a los más importantes toreros, actores y actrices de la época de mayor glamour de Hollywood, y después, a políticos de todos los colores.

El parque le transmitía tranquilidad. Lo formaban cinco avenidas ajardinadas que desembocaban en un paseo con balcones desde donde se podía contemplar la Hoya del Tajo y la Serranía de Ronda. Caminó por el suelo de tierra levantando un poco de polvo. Los árboles estaban completamente desnudos. Apreció que en los bancos había alguna que otra pareja de enamorados que se besaban como si el mundo les perteneciera. También había gente sola leyendo.

Se dirigió a los balcones y contempló en silencio la Serranía. Reflexionó acerca de lo lista que era la naturaleza puesto que se había reservado para ella las obras eternas y le había cedido al ser humano la posibilidad de disfrutar de ellas en un breve espacio de tiempo perecedero. Santiago notaba el dolor en sus articulaciones y decidió sentarse en un banco. Miró el reloj. To-

avía tenía treinta minutos de reposo, antes de volver al ruido de los estornudos, los gritos de algunos residentes con problemas de oído o de cabeza y los malos olores. Lo único a lo que no conseguía habituarse era a los olores de meados y vejez mezclados.

El asilo había sido una decisión de su hijo. Al principio se negó, como una mula que se niega a seguir tirando de un carro pesado, pero tras exponerle que su situación de paro, su pensión y las pocas ayudas que recibían hacían imposible mantener su piso, aceptó a regañadientes instalarse en la residencia de ancianos. Además, cabía la posibilidad que a Ángel, su hijo, le dieran un trabajo en Marbella y no ya podría estar pendiente de él todo el tiempo.

Una pareja de japoneses se acercó al balcón y pidió a un chico joven que les hiciera una foto. El japonés agarró por la cintura a la chica japonesa. Ambos sonrieron a la cámara en el instante en que disparaba el flash.

Miró el cielo. Sonrió. El cielo estaba bien despejado. Sería una noche magnífica para ver estrellas. Finalmente, se había salido con la suya ante la negación inicial por parte del asilo a dejarle entrar su telescopio. Todo gracias a una huelga de hambre que había durado tres días, aunque él, a escondidas, comió algún que otro bocadillo pequeño de jamón.

Desde bien jovencito había sentido una gran pasión por las estrellas, las constelaciones y los cometas. El día de su decimoquinto aniversario, sus padres le regalaron un pequeño telescopio. Pasaba horas en vela estudiando el firmamento. Luego, con el paso de los años, y gracias a sus primeros ahorros, aquel telescopio fue sustituido por otros de mayor potencia. Tenía libros y mapas celestes por toda la casa. Muchos de ellos ahora olvidados en cajas selladas en el trastero de su hijo.

Miró de nuevo el reloj. No quería que se le pasara la apertura

de la sala de ordenadores del asilo. Había aprendido el uso de las nuevas tecnologías y cómo moverse por internet. Tras unos minutos de cursillo, su actitud cerrada se transformó rápidamente en fascinación por todo lo que podía consultar. Descubrió un nuevo mundo de información, lo que le fue especialmente útil en todo lo relacionado con los astros, tema que le fascinaba. También miraba los periódicos por internet y se había abierto una cuenta de correo. Lo último fue crearse un perfil en Facebook.

Un hombre se sentó a su derecha. Santiago no apartó la mirada del paisaje, viendo cómo el sol se iba acercando poco a poco al horizonte de la Serranía.

—Qué vistas más buenas.

—Sí.

Santiago respondió al desconocido sin mirarlo. No era el típico viejo que empieza a explicar su vida a cualquiera, al contrario, era bastante reacio a mantener conversaciones.

—Hace frío aquí, en Ronda. Abajo, en Marbella, se podía ir en manga corta.

—Ya suele pasar.

Los japoneses se fueron. Tan solo quedaba una pareja que se abrazaba, los dos amantes apoyados en la barandilla.

—¿Cómo estamos de salud, Santiago?

Iba a responder de forma natural, como cuando a uno le preguntan la hora y decía las ocho de la tarde, sin embargo su subconsciente le recordó que quien había formulado la pregunta era un desconocido, no su hijo. ¿Cómo es que aquella sombra sabía su nombre?

Giró la cabeza para mirarlo. El hombre estaba de perfil, con la vista fija en el paisaje. Parecía no importarle que lo estaba mirando. Es más, era como si hubiera esperado aquella reacción. Tenía la piel muy blanca y muchas pecas en las mejillas.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No debería jugar tanto en la red, abuelo. Le haré una pregunta. Depende de la respuesta que me dé, su destino correrá una suerte u otra.

Santiago miró a su alrededor buscando a alguien para pedir ayuda, pues el tono de aquel individuo no le gustaba nada. Con el descenso del sol, el parque se había vaciado de gente.

—¿Qué quiere?

—¿Quién es el sesenta y uno?

Le habían gastado muchas bromas a lo largo de su vida, pero aquella era la que menos sentido tenía.

—¿Sesenta y uno? ¿Qué es esto?

—¿No sabe quién es el sesenta y uno?

—Ya me ha oído. No sé a qué se refiere. Ahora tengo que irme.

La mano joven, fuerte y robusta del hombre se posó encima del hombro de Santiago, presionándolo hacia abajo, por lo que se vio obligado a sentarse de nuevo.

—Lo siento, si no sabes qué es, no me sirves.

El hombre se deslizó en el banco para acercarse aún más a él.

Todo sucedió muy rápido. El hombre colocó un pañuelo bañado en éter sobre la nariz de Santiago. A los pocos segundos, Santiago tenía la cabeza apoyada en el hombro del hombre.

Salieron del parque como dos amigos que disfrutaban de una noche de excesos. El misterioso personaje había pasado el brazo de Santiago alrededor de su hombro. Había colocado en una de las manos del anciano una botella de vino vacía para no llamar la atención.

Se dirigieron al Hotel Reina Victoria, situado muy cerca del parque.

Al entrar, el recepcionista le miró con desconfianza.

—¿Qué desea, señor?

–Verá, he venido a ver a mi padre y ha cogido una borrache-
ra de caballo y no quiero que mi madre lo vea así. ¿Puede darme
una habitación?

–Sí, tengo alguna habitación libre.

Tras recibir la llave de la habitación, el hombre se adentró
por los salones victorianos, haciendo crujir el suelo de madera a
cada paso y llevando a hombros a Santiago.



Santiago abrió poco a poco los ojos. Notaba cierto picor en
la nariz y en la garganta. Tan solo había encendida una lámpara
de la mesita de noche de la habitación. Estaba tumbado en una
cama.

–Dime Santiago, ¿qué sabes de la partida de los milicianos
de Yecla en 1642?

La voz provenía de algún lugar de la habitación, pero su vi-
sión todavía estaba nublada. Poco a poco, se fue adaptando a
la oscuridad. Entonces vio una figura sentada en un butacón.
Distinguió también el cubrecama y los detalles de la mesita
de noche. Los conocía muy bien. Estaba en una habitación del
Hotel Reina Victoria.

Santiago no sabía si le aturdía más aquello que le había he-
cho respirar aquel hombre o las preguntas que le hacía.

–¿Me ha secuestrado para hacerme un examen de historia?

El hombre se levantó de golpe y se abalanzó sobre Santiago,
agarrándole por el cuello.

–Ahórrate las bromas para otro. Contesta. ¿Por qué fueron sesenta y un milicianos?

Intentando coger aire para respirar, Santiago respondió ahogadamente.

–Al principio se pedían cien... pero tan solo se consiguieron... no puedo respirar.

El hombre aflojó un poco la presión.

–Como decía, tan solo pudieron reclutar sesenta y uno.

–¿Qué iban a hacer?

–Pero, no entiendo qué importancia tiene esto.

–¡Contesta!

–Iban a Vinaroz para detener un posible avance de las tropas francesas.

–¿Qué sabes de Galileo?

–Lo que sabe todo el mundo.

–No te pases de listo, abuelito –Santiago sintió un escalofrío al oír el tono de voz de aquel hombre con la cara llena de pecas y unos ojos verdes penetrantes.

–Te lo preguntaré de otra forma. ¿Qué relación tiene Galileo con los milicianos?

Santiago notó que su pulso se paralizaba. Aquel individuo sabía de lo que hablaba.

–Galileo descubrió algo importante.

–¿Qué?

–No lo sé.

–¿Y los milicianos?

–Cuando los arcabuceros fueron a Vinaroz, Galileo ya había muerto, pero un ayudante suyo se encargó de proteger su secreto. Es posible que ese secreto le fuera entregado a uno de los arcabuceros.

–¿Qué objeto buscáis los Celadores?

Fue en ese momento que Santiago comprendió lo que estaba ocurriendo. El maldito grupo de Facebook había puesto sobre la pista a aquel hombre.

–Algo, pero no sé el qué.

Las manos del hombre volvieron a presionar la garganta de Santiago.

–No juegues conmigo.

Santiago quiso replicar, pero no pudo articular ninguna palabra.

Poco a poco, fue perdiendo la conciencia y todo se volvió oscuro.



Aún respiraba cuando su atacante lo sacó del hotel, cargado sobre sus hombros. Aquel extraño hombre pagó la cuenta del hotel y se dirigió de nuevo al parque. Depositó el cuerpo del anciano en el mismo banco.

La mano derecha del desconocido sacó del bolsillo del abrigo un puñal. Con un movimiento rápido, la mano se dirigió al estómago de Santiago y la hoja se hundió en su frágil cuerpo. Vistos desde atrás, eran dos simples figuras que miraban el firmamento.

El hombre seguía las indicaciones de su jefe. Era muy diferente encontrar un muerto en la habitación de un hotel que en un parque. La segunda opción siempre daba pie a achcarlo a un simple atraco. Las instrucciones habían sido claras: nada

de dejar posibles víctimas en espacios cerrados y menos en sus domicilios.

El hombre se levantó. Santiago se quedó en el banco.

El sol luchaba en el horizonte para no ser devorado por las montañas. La inmensidad de la sierra abría los brazos a Santiago para acogerlo. Poco a poco notaba que su vida se escapaba, así como la sangre caliente que ya goteaba en el suelo. Aquella noche, no vería las estrellas en el cielo.



Viella, 25 de noviembre, en la actualidad

Poco a poco, la nieve empezaba a hacer acto de presencia en el valle. Estaba siendo un año malo para el sector hotelero en el Valle de Arán, ya que el presunto cambio climático que decían que estaba afectando a todo el planeta provocaba que cada año se retrasara cada vez más la aparición de la nieve.

El puente de la festividad de todos los santos, el uno de noviembre, resultó ser todo un fracaso. Años atrás, las pistas de esquí ya estaban bien llenas y preparadas para hacer las delicias de los esquiadores.

Carles Novell miraba ansiosamente la caída de los copos de nieve.

—A este paso, tendremos que ofertar actividades de verano para diciembre.

Era un comentario que solía decirle a Marta, su mujer desde hacía ya doce años.

Carles salió del despacho y se acercó a la cocina del hotel para preguntarle al jefe de cocina si ya tenía preparado el menú del día.

Al entrar vio que varios ayudantes manipulaban lechugas sin guantes y sintió que el buen humor de ver la primera nevada se desvanecía ante la dejadez de sus trabajadores.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Pues cortar la lechuga para preparar las ensaladas.

—¿Y no os falta nada?

Los dos ayudantes de cocina se miraron extrañados. Carles dejó que el silencio se prolongara y al ver que no contestaban nada, soltó aire enérgicamente, dando a entender que aquello le desesperaba.

—¿No os falta nada en las manos?

Entonces, uno de los ayudantes se dio cuenta y fue a buscar los guantes.

—Os he dicho mil veces que cuando manipuléis alimentos uséis guantes. Además, hace dos semanas hicisteis el curso de manipulación de alimentos. ¿Acaso estabais durmiendo mientras os explicaban que debíais usar guantes, gorro y no poner os pendientes ni pircings?

—Jefe, ha sido un momento.

—Ya. Eso dicen todos. Y quiero que cuando cortéis con el cuchillo os pongáis el guante de malla, ¿vale? No está ahí para hacer bonito.

—Pero es que es incómodo.

—Más incómodo te resultará si te cortas un dedo. Josep, ¿Tienes el menú?

El jefe de cocina dejó de remover la olla y cogió un trozo de papel manchado. Empezó a leer lo anotado.

—Vamos a ver: de primero, como siempre, las dos ensaladas, crema de verduras y almejas a la marinera.

—¿Y de segundo?

—Cordero al horno con patatas, entrecot de ternera a la parrilla, rodaballo con salsa verde y bombón de lenguado con relleno de marisco.

Carles asintió, satisfecho. No se había equivocado al confiar en Josep. Lo había contratado hacía un año, ya que el anterior jefe de cocina, que llevaba ya unos diez años en el hotel, había te-

nido problemas con la bebida. Además, sabía que los clientes no estaban muy satisfechos con la comida. Por su parte, Josep había revolucionado los menús y, lo más importante, había creado un buen clima de trabajo con su equipo.

Carles subió a la primera planta y allí se encontró con la gobernanta, que le explicó que no había ninguna incidencia.

El hotel estaba situado cerca de la rotonda principal, en la entrada de Viella. Era un hotel pequeño de cuatro plantas, con ocho habitaciones en cada planta, salvo la última, que tenía cuatro.

La crisis y el cambio climático estaban haciendo mella en el valle, pues nunca habían tenido problemas de desempleo y ese año ya empezaba a haber un cierto porcentaje de parados.

La nieve seguía cayendo cada vez con mayor fuerza y, según la predicción, esa noche podían llegar a caer unos cuatro o cinco centímetros.

Carles volvió a su despacho y llamó a Marta.

–Hola cariño, ¿qué tal va todo?

–Bien. Estarás contento con la nieve, ¿eh?

–Sí, sí. Ya era hora. ¿Todo bien por la tienda?

–Sí. Tranquilos –Marta tenía una tienda de zapatos, situada en la calle principal –. ¿Quedamos para comer?

–Sí. Te espero en el puente del río.

–De acuerdo, a la una y media nos vemos.

–Hasta luego.

Nada más colgar, recepción le comunicó que una chica joven de una agencia de viajes solicitaba su presencia. Fueron al salón y se sentaron en una mesa cercana a una ventana y pidieron un par de cafés.

–¿Cómo va todo, Carles?

–De aquella manera. Ya sabes cómo estamos por aquí.

–Bueno, ya empieza la temporada de nieve.

–Sí. Menos mal. ¿Qué me cuentas, Isabel?

–Vamos a ver. Este año hemos perdido los grupos de ingleses.

–En parte, me alegro.

Isabel se apartó el mechón de los ojos, esperando una explicación, pues hasta ahora no había tenido ninguna queja de Carles.

–No me pongas esta cara. En los últimos años, los ingleses que me has enviado me han provocado ciertos problemas, como por ejemplo extintores usados, derrame de alcohol en el suelo de las habitaciones, ruidos por las noches y un largo etcétera.

–Vaya, no sabía esto.

–No suelo quejarme –Y era cierto que Carles no era una persona que se quejara a las agencias por su clientela.

–Bueno, este año vamos a trabajar con grupos de franceses y holandeses.

–De acuerdo.

–Hemos pactado un menú cerrado y un precio de alojamiento con el menú de cuarenta euros.

Carles tamborileó la mesa con el bolígrafo. Comprendía que el precio medio tuviera que bajar, pero también debía intentar conseguir unos números aceptables para poder pagar las nóminas y los proveedores.

–¿Y no podemos subirlo a cincuenta?

–Carles, va ser imposible. No piensan moverse de cuarenta.

Por la ventana se veía ahora nevar con más fuerza. El túnel de acceso aún seguía abierto, pero no tardaría mucho en cerrarse el tráfico si seguía ese ritmo de nevada.

–Está bien, dejémoslo en cuarenta.

¿Qué podía hacer si no? La situación no era favorable para la zona. Eran tiempos en los que ya no podían colocar unos precios elevados. Esos tiempos ya habían acabado. Ahora, la gente reducía los días de estancia y eliminaba al máximo las comidas

para que el coste fuera lo más barato posible. Además, en el Valle se había abierto en los últimos años un gran número de hoteles, lo que significaba una mayor competencia.

Una vez acabó la reunión con Isabel, envió algunos correos electrónicos y salió a comer con su mujer. Entraron en el restaurante que había en la plaza de la iglesia.

–Bueno, bueno. Por fin llegó la nieve. ¿Has hecho algún ritual o algo parecido?

Carles sonrió.

–No, pero estuve tentado de ponerme unas plumas en la cabeza, encender una hoguera y dar vueltas alrededor mientras cantaba una canción.

Marta no pudo reprimir una sonora carcajada. Luego, su mujer volvió a mirarle seriamente.

–Cariño, este fin de semana vendrá nuestro hijo a comer a casa.

–Buf, si sigue nevando a este ritmo no podré irme y dejar al chico de recepción solo en el hotel.

Aquella era la respuesta que temía Marta.

–¡Carles! Hace tres semanas que no vemos a Toni.

–Vale, vale.

Toni tenía el piso en Lleida, que compartía con tres compañeros de universidad. Sabía perfectamente que hacía tres semanas que no le veía, pero la posible presencia de nieve le obligaría a estar pendiente del movimiento que podía generarse en el hotel.

–¿No me fallarás, verdad? –los ojos de Marta le analizaban profundamente

–No. Si hemos quedado con él, allí estaré.

–Bien. ¿Todo bien por el hotel?

–Sí, ningún problema.

Marta sabía lo mucho que estaba sufriendo su marido la crisis

por la falta de reservas. Dudaba de que ese “ningún problema” fuera cierto, pero no quería hurgar en la herida.

–Me alegro. Bueno, habrá que comprar agua, café, patatas y algo de carne.

–De acuerdo, intentaré comprarlo cuando salga.

Tras la comida, Carles volvió al hotel y entró en el despacho. Al poco rato, el recepcionista le llamó por teléfono.

–Señor Novell, el cliente de la habitación 304 se queja de que tiene chinches, le falla la cadena del váter y no le funciona la televisión.

–Llama a mantenimiento.

–Es que exige hablar con el director y quiere que vea usted mismo lo que le ocurre.

–Está bien, dígame que ahora subo –pensó que era mejor quedar bien con los pocos clientes que tenían.

Cogió el ascensor y llamó a la puerta de la habitación 304. Al abrir se encontró unos ojos verdes profundos que le miraban como si pudieran ver en su interior. Tenía una tez bien blanca, con la cara llena de pecas. Le invitó a pasar y una vez se cerró la puerta, Carles echó un vistazo a la habitación. Ahora que caía, no había pedido el nombre del cliente. Le llamó la atención que no había ninguna maleta ni ningún objeto personal. Normalmente, la gente dejaba la chaqueta o el ordenador portátil encima de la cama o la mesa. La habitación olía a ambientador y la cama estaba perfectamente hecha. Había algo que no le gustaba en esa escena. Quiso girarse para preguntarle cuál era el problema, pero un golpe en la pierna le impidió llevar a cabo la acción y cayó al suelo. Fue incapaz de detener el siguiente golpe, de forma que la patada le dio de lleno en la boca del estómago.

El hombre esperó a que su respiración se normalizara para cogerlo por el cuello y levantarlo.

–Conteste a una pregunta... ¿Quién es el sesenta y uno?

Carles Novell fue incapaz de encontrar una explicación razonable a aquello. Pero tenía claro que los problemas de los chinches, el lavabo y el televisor no existían. El que tenía serios problemas en la cabeza era aquel tipo ¿Sesenta y uno? ¿Qué era eso?

–No... no sé de qué me habla.

–¿No sabes nada del sesenta y uno?

–No le entiendo... ¿de qué me habla?

–¿Seguro? Digamos que ahora le pregunto sobre los arcabuceros de Yecla.

Carles se quedó mudo. ¿Aquel hombre le había dado una patada en el estómago para hablar de unos hechos que sucedieron en 1642?

–Veo por tu expresión que empezamos a entendernos.

–¿Qué pasa con esos arcabuceros?

–Eso dímelo tú.

–Fueron enviados a Vinaroz para frenar las tropas francesas.

–Eso ya lo sé. ¿Qué misión tenía el sesenta y uno?

–¿Misión? No le entiendo. Todos tenían la misma misión.

El impacto del puño en su mandíbula le cogió por sorpresa. Carles cayó hacia atrás. Tardó un par de minutos en recuperar el sentido.

–Veamos si nos entendemos. Sesenta y uno no es número muy normal. Uno de ellos tenía otra misión.

–Lo desconozco.

–Ya. ¿Desconoces también los trabajos y avances de Galileo Galilei? Supongo que no, ya que formas parte de un grupo que se llama los Celadores.

En aquel instante, el color de la cara de Carles era más blanca que la tan deseada nieve.

–Sí, conozco sus teorías, sus inventos y sus descubrimientos.

–Bien, bien. ¿Qué vincula a Galileo con Yecla?

–Bueno, son solo teorías de niños.

–Me interesan –El hombre sacó un puñal de su chaqueta y empezó a limpiarlo con un pañuelo.

–A ver, según parece, Galileo descubrió algo...

–¿Qué?

–No se sabe.

–Sigue

–Pues habría querido esconder su secreto enviando algo a Yecla.

El hombre con la cara pálida llena de pecas se levantó y anduvo por la habitación.

–¿Por qué Yecla?

–No lo sé.

Los ojos verdes del hombre le atravesaron como si fuera un muñeco de papel.

–Mientes. ¿Por qué Yecla? Parece un poco absurdo que Galileo diera orden tras su muerte de enviar a Yecla, una ciudad tan lejana de Arcetri, su secreto.

–Es que no fue él. Su muerte aceleró los acontecimientos y, seguramente, el envío de los milicianos en el mismo año fue la solución ideal para los que ocultaban el secreto.

–Volvamos a la pregunta inicial. ¿Qué debía hacer el número sesenta y uno?

Carles notó el sudor caer por su espalda. No tenía respuesta para eso.

–No lo sé.

El hombre se acercó, colocando su cara justo enfrente de la de Carles.

–¿Cuál era su misión?

–Defender el avance de los franceses.

Los ojos le miraban con una frialdad que jamás había visto en un ser humano.

–O no lo sabes o no quieres ayudar. No hay ningún problema. Tengo más opciones donde buscar.

Carles notó que las manos de aquel hombre se cerraban sobre su cuello y poco a poco le iba faltando el aire. Intentó luchar para deshacerse de él, sin embargo, no tardó mucho en perder la conciencia.

El hombre dejó a Carles en la habitación. No podía arriesgarse a pasear el cuerpo por el hotel. Las órdenes habían sido claras: los cuerpos debían dejarse en la calle. Cerró la puerta y se fue.

Fuera, la nieve seguía cayendo con fuerza. Sería un buen año para los esquiadores.